



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 35.

JUEVES 27 DE OCTUBRE DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

Discurso pronunciado por don Manuel Fernandez Montenegro.—LAS DOS HERMANAS: cuento infantil, por Paulina Ibarra y Blasco.—VIAJE DE AMDEINDEF Á LAS REGIONES SUBMARINAS. (Continuacion).—¡ORAR POR LOS MUERTOS! poesía por Aureliano Ruiz.—DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, por M. S.—ECONOMIA DOMESTICA.—SUELTOS VARIOS.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR DON MANUEL FERNANDEZ MONTENEGRO EN EL SOLEMNE ACTO DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE LICENCIADO EN DERECHO CIVIL Y CANÓNICO EN LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALENCIA, EL DIA 24 DE JUNIO DE 1864.

M. I. S.:

La familia es el hermoso eslabon de la gran cadena que forma la humanidad: por eso es tan importante todo lo que se refiere á la constitucion de la sociedad doméstica; por eso nos interesa mas su direccion que la de los negocios públicos; porque desgraciado edificio cuya base falsea; por eso examinaremos si debe concederse á la mujer la patria potestad sobre sus hijos.

A elegir este punto me impulsó además otra idea. Jóven, muy jóven soy todavía; pero há largos años que en vano busca afanoso mi corazón un objeto que llena gran parte de su amor. Deslizábase tranquila mi infancia, cuando terrible golpe hízome estremecer; la pérdida de idolatrado padre enciende en mí la vigorosa llama del mas intenso dolor, lámpara inextinguible que conmigo bajará al sepulcro; y á los cuidados y desvelos de ese otro ser que quedó en la tierra para derramar sus lágrimas y enjugar las nuestras, debo mi educacion y cuanto ser pueda; no estrañéis, pues, que en

momento tan solemne, cuando van á ornar nuestro pecho las sagradas vestiduras del sacerdote de la justicia á presencia de dignísimas autoridades, de corporaciones respetables y de un numeroso y escogido concurso, para nosotros tan simpático é interesante, como que en él se encuentran los trozos mas queridos de nuestro corazón; no estrañareis que aproveche esta ocasion para mostrar mi admiracion y mi gratitud; será débil, pero cariñosa y sincera oferta que presento ante el ara de los sacrificios de una madre.

Pero antes de examinar el tema propuesto en su aspecto filosófico, antes de ver lo que debe ser, abramos ese gran libro que con su sangre escriben los pueblos; cada generacion, al pasar sobre la tierra, le añade una página; su conjunto es la esplicacion del presente, y nos deja entrever el porvenir. Veamos qué nos dice la historia de la condicion de la mujer en sus relaciones con la patria potestad.

No comenzaremos nuestras investigaciones en los antiguos pueblos orientales, porque no puede tener la mujer la patria potestad donde se duerme el estúpido sueño del inmóvil estacionamiento, donde el despotismo del hombre embrutecido se cierne sobre la desgraciada debilidad de la mujer y del hijo.

Tampoco nos detendremos en la risueña patria de las musas, porque la mujer solo es allí fábrica de guerreros ó instrumento de placer, porque allí se sacrificaban al amor patrio sus dulcísimos sentimientos. Per eso la civilizacion griega es mas deslumbradora que eficaz, y sorprende mas que agrada; por eso la indómita fiereza espartana, al mas ligero soplo se derrumba como castillo sobre deleznable arena.

Aunque no tan degradada, no es muy grata la condicion de la mujer romana. La ley convierte á la que Dios creó para compañera del hombre en hija de familia del marido, é hija de familia en un tiempo en que el padre dispone del hijo como otra de sus cosas; en que

la familia es la pirámide del poder paterno; los suaves lazos del amor son desconocidos; la familia no es familia, es una agrupacion política; el hijo emancipado es estraño al padre; la ley no reconoce el parentesco que arranca de la mujer.—Pero en el pueblo tradicional y simbólico, la benéfica intervencion del pretor dulcifica paulatinamente el derecho tosco y férreo de los primeros tiempos, y mejora la condicion del hijo y de la mujer. Ya no tiene ésta perpetua tutela, ya puede suceder á sus descendientes, ya, por fin, si llega á llamarse madre, adquiere derechos que quebrantan la antigua rudeza, y puede hasta ser tutora de sus hijos; pero no soñemos en la patria potestad; no podia tenerla en el pueblo de hierro.

Las leyes han reconocido derechos á la mujer y al hijo; pero las costumbres se han relajado; la inmoralidad cunde; las Virginias y Lucrecias se llaman Mesalinas, Livias y Agripinas; las mujeres cuentan los años por el número de maridos, y á los inocentes placeres del consorcio, que en el crisol del amor funden en uno dos corazones honrados, sustituyen las repugnantes tempestades del celibato egoísta y la vulgaridad de caricias compradas.

Por eso sonó para Roma la hora de su destruccion; por eso un pueblo fuerte y vigoroso, con toda la lozanía de la juventud, es llamado á sacar á la sociedad del encharcado cieno del mas grosero materialismo; por eso los hijos del Norte se asientan en el Mediodía y continúan la obra del progreso. Con ellos vienen sus mujeres; al frente de sus ejércitos se oyen con respeto los decisivos decretos de las profetisas. Los romanos pudieron llamar bárbaros á sus conquistadores; pero los pueblos nuevos tratan menos bárbaramente que ellos á sus mujeres.

Mas no se crea que los germanos realizaron el ideal de la familia. Conocieron la poligamia, siquier fuera cuestion de lujo entre sus prin-

cipales, como dicen sus apologistas, como si tan saludable fuera el mal ejemplo que viene de lo alto, y tan honesta y laudable la ostentación del vicio. Concediendo, por otra parte, alguna mayor licencia al hombre, no supieron respetar las flaquezas del corazón en la mujer, arrancándola al propio tiempo de las garras del vicio. No conocieron que es el arrepentimiento hermano de la inocencia. Todo un mar de lágrimas no podía borrar la mancha del pecado. No podía aquí brotar una Magdalena.

Para que esto fuera posible, se necesitaba la Encarnación del Hijo de Dios; y Dios se encarnó; y la misteriosa estrella apareció sobre Nazaret, y el mundo se regocijó y se estremeció de placer y contento, y el regazo de una madre fue el trono que sustentó al que «mira la tierra y la hace temblar, al que toca los montes y humean.» (Ps. CIII, v. 32.)

El reinado de la fuerza ha concluido. Se quita al padre el poder brutal que ejercía, y se le reviste de autoridad moral; en la frente del padre cristiano brilla un rayo de la Divinidad. Honra á tu padre y á tu madre, y solo á este precio serás feliz en el mundo y en la eternidad. (Mat. XV, v. 4.) Honra á tu padre, porque está en él mi nombre, mi amor y mi poder; yo también soy padre, y toda paternidad dimana de mí. (Eph. III, v. 15.) Ya no se conoce la poligamia, baldón de la humanidad, repugnante despotismo de la fuerza sobre la debilidad y la hermosura. El divorcio ha tenido la propia condenación. Hijo y mujer, regocijaos; el Evangelio es la sublime acta de vuestra regeneración y libertad; vuestra suerte está asegurada; las puertas del error no prevalecerán contra la verdad.

No es, pues, extraño que las mujeres tomaran tanta parte en la conversión de los nuevos reinos al cristianismo. Con letras de oro escribió la gratitud en el gran libro de la humanidad los nombres de Clotilde, de Teodosia y de Ingunda; poder inmenso ejercido por la belleza virtuosa sobre la imaginación de los fuertes.

Pero repleguémonos en nuestra patria y veremos cuadro sorprendente y bellissimo, porque bellissimo y sorprendente nos lo presenta la sociedad romano-cristiano-goda. El fuerte rinde la espada ante el sabio y virtuoso, como el devastador torrente de bárbaros que destruía palacios y humillaba emperadores se detuvo al pie de la cruz, y bajó ante ella la cabeza. Los concilios de Toledo, gloria de la Iglesia y de la patria, providencial crisol donde se fundían los tres elementos del pueblo nuevo, publican el Fuero Juzgo, primer Código entre los de su siglo. En él se concede á la mujer la patria potestad, y se da filosófica razón; «porque la madre non ha menor cuidado del fijo que el padre.» ¡Saludable principio, debido al civilizador influjo de los nuevos elementos!

Apenas publicado el Fuero Juzgo, se oye quejumbroso llanto que mas tarde poetizará un rey que así sabía hacer versos como leyes, escribir historia como desconocer la marcha de la política. ¿Qué habrá sido? En la movable arena de uno hasta entonces modesto río, se ve una inscripción que los siglos no han podido borrar; sus caracteres parecen árabes y escritos con sangre: aquí pereció la monarquía goda, dicen. Y pereció, sí, porque la cimitarra de los hijos del profeta pudo mas que las huestes de Rodrigo, entregadas á la molición y además divididas; pereció, sí, y los árabes se enseñorearon de España; pereció, sí, y la España fue árabe.

¿Tendría entonces la mujer la patria potestad? Donde la mujer no es la esposa del marido, donde la mujer es esclava, donde la mujer no puede poseer todo el corazón de un hombre, donde no se respira el aroma de esa flor lozana del jardín de la vida que se llama amor, sino que se falsea éste y se produce la poligamia, allí no hay que buscar derechos en la mujer, allí solo se respira el cansado y metafísico aire del envilecimiento y del despotismo,

allí no puede encontrarse el germen de la civilización. Por eso el poder musulmánico no ha de constituir la España de mejores tiempos; por eso los Pelayos y los Alfonsos, los Cides y los Gonzalos, se encargarán de reconquistar el país de sus padres; y la obra que un día se emprendiera en las montañas de Asturias y Sobrarbe, en las montañas que son los últimos baluartes de las libertades de los pueblos, se verá completada por los esfuerzos de una reina joven y bella, magnánima y católica.

Pero entre Covadonga y Granada median ocho siglos, y en ocho siglos sufre la España grandes transformaciones. La sociedad naciente, hija de la goda, se rige en general por sus leyes; pero á su lado aparecen las franquicias que adquieren los pueblos, surgen los fueros, espejos fieles de sus costumbres, y en multitud de ellos, como en los de Cuenca y de Plasencia, de Burgos y de Fuentes, se concede á la mujer la patria potestad sobre sus hijos.

Don Alonso se immortaliza con la publicación de las Partidas; pero entusiasta por otras legislaciones, no atiende á las necesidades de su pueblo, y al hablar de los derechos de la patria potestad, nos acerca á la familia romana, cuando dice: «non se debe entender que los pueda haber la madre» (p. 4, l. 2, tit. 17). ¡Amargo retroceso que para borrarse necesitará algunos siglos!

Las leyes de Toro hubieran servido á la causa del progreso restableciendo nuestro derecho foral; pero callan, y concluye así la edad media.

Al despedirnos de ella, necesario es rectificar un error. Enardecidos muchos con los rasgos sentimentales y atrevidos de una edad de poesía, verían con gusto su reaparición, creen superior á la actual aquella familia. No, y mil veces no; no era mejor que la de hoy la familia de los tiempos medios.

La caballería, ese tipo romántico, personificación á la vez de la fuerza y de la galantería, mezcla de bellísimos sentimientos y de ridículas supersticiones, tal como nos la han trasmitido los cantos y novelas, no ha existido nunca, como jamás se ha realizado la idílica felicidad de los pastores de la Arcadia. Había, sin embargo, mucho de real; por eso admitimos se hayan dorado las cadenas que oprimían á la mujer; pero aun existen cadenas. La caballería, con sus galantes fazañas; las cortes de amor, poéticos tribunales donde las mas bellas damas deciden los casos de amor y de honor; la gaya ciencia, que canta las empresas del caballero y las dedica á la señora de sus pensamientos, son reflejo fiel de una edad de poesía y sentimiento; pero no constituyen nuestro bello ideal. No todo sería perfección cuando los caballeros encontraban agravios que deshacer y tuerzas que enderezar. La mujer, por otra parte, mas que verdadero objeto de amor, era un ídolo, y á ese culto fastuoso y relumbrante, preferimos otro mas tierno y digno.

No reniego del pasado; yo no puedo maldecir la memoria de mis mayores. Yo, empero, veo que el padre dispone de la mano de la hija, como si poseyera el compás de su corazón y de su amor; yo veo que la inmoralidad se reviste del cinismo y se presenta en la plaza pública; yo veo que la depravación llega al trono y contamina venerandas instituciones; por eso digo es mejor nuestra familia. Los que sublimáis aquellos tiempos, sabed que es ley de la humanidad la ley del progreso; la edad de oro no quedó detrás, la edad de oro está en el porvenir.

Insensiblemente nos alejábamos del punto; hemos dado sobrada amplitud á estas reflexiones; no se extrañará si se considera que la historia de la mujer es la historia de los progresos de la humanidad; pero procuraremos en lo sucesivo mayor concisión.

El protestantismo se inaugura con sacrilegas uniones y divorcios escandalosos; pero no queremos descender el velo que cubre sus di-

solventes consecuencias; es repugnante la intervención de la reforma en la familia. Por lo que hace al punto en cuestión, baste decir que no procuraría conceder autoridad á la madre el que la negaba á todo poder, el que la arrancaba á toda institución. La Iglesia en cambio regla el matrimonio y asegura mas y mas la condición de la mujer.

En cuanto al terreno legislativo y á nuestro objeto, ninguna variación se ha verificado; las recopilaciones han dejado vigente la ley de Partidas, y hoy no tiene la mujer la patria potestad. Pero en el horizonte de la ciencia del derecho se vislumbra la publicación de un código que la establezca. ¿Servirá á los progresos sociales? ¿deberá consignarla? Veámoslo.

La mujer tiene en la vida de la humanidad una parte tan trascendental é ilimitada como desconocida. Ella dirige y encamina los actos todos de la niñez, siendo para el hijo su segunda Providencia; en el regazo materno se comunican los primeros gérmenes del saber, que un día padre y maestros cuidarán de desarrollar; los brazos de la madre son la escuela donde se aprenden las primeras lecciones de la mas pura moral, lecciones que jamás se olvidarán, porque se han identificado con el niño, forman parte de su carácter y son su misma esencia.

Los destinos del hijo penden de la educación y dirección que le dé su madre. Crece, y siempre encuentra en ella la protección y cariño del ser que le ama, sin cálculo y sin interés, como sin poder llenar el deseo de constituir su felicidad. Existe entre el niño y la madre mayor intimidad que con el mismo padre. A éste se le respeta acaso mas, pero á aquella se la ama con mayor dulzura. La madre es además la consejera, la amiga del niño; éste, como encuentra un ser que comparte con él sus infortunios, que tiene tanta propensión á favorecerle como incapacidad de dañarle, la comunica hasta sus debilidades; para ella no hay secretos. ¡Qué vasto campo se descubre para que la solicitud maternal pueda mejorar las buenas cualidades de los hijos y hacer que las malas se corrijan! En verdad que la madre posee la llave del porvenir del hijo. Y téngase en cuenta que esto no es obra del momento: las lecciones de la madre, comunicadas con todo el fuego del mas cariñoso celo, se esculpen en el corazón del hijo con caracteres indelebiles. El hombre obedece á su madre aun mucho despues que dejó de existir.

Vemos, pues, el gran ascendente que la madre tiene sobre el hijo; la educación, esto es, la formación del corazón, es obra de la madre, y este es sin duda el primero de los derechos de la patria potestad. Agréguese á esto los cuidados y la prodigiosa solicitud que despliega en todo lo que puede afectar la persona ó bienes del hijo; la mujer que tiene hijos no se pertenece á sí, ella y sus cosas deben mirarse con relación al hijo.

Si, pues, la madre ejerce tan gran misión en el desarrollo de las facultades del hijo, si tiene una parte tan importante en la elaboración del hombre, ¿deberá tener la patria potestad?

Durante el matrimonio no es necesario, es mas, no conviene la ejerza. El hogar doméstico requiere unidad de miras, unidad de acción y dirección, y correspondiendo ésta al marido, debe él solo tener la patria potestad. No es conveniente la dualidad, podrían contradecirse ambos poderes, podrían aniquilarse, y esto produciría fatales consecuencias; debe evitarse pueda aparecer en el hogar doméstico aquella Hidra de dos cabezas de que nos habla la fábula. Basta tenga la mujer la intervención propia de su estado; su influencia y consejo no pueden ser desoidos por el marido; su misión puede cumplirse sin necesidad de la patria potestad, porque la garantiza suficientemente la potestad de su consorte. Quede libre la mujer de trabas innecesarias que podrían entorpecer la cariñosa máquina de las relaciones domésticas.

Pero el jefe natural de la familia ha muerto, la mujer le ha cerrado cariñosamente los ojos entre un mar de lágrimas y un piélago de aflicciones y cuidados: ¿será hora de concederle la patria potestad sobre sus hijos? ¿acrecerá á la madre aquel poder que tenía como en suspenso, que no se desarrollaba porque no era necesario, porque el padre lo podía desempeñar? No titubeamos en sostener la afirmativa. Ha faltado el capitán del buque, acudamos á su segundo, y entreguémosle las insignias del mando.

El Fuero Juzgo lo ha dicho: no es verdaderamente huérfano el que puede cruzar su mirada con la cariñosa mirada de una madre. El hijo verá en la persona de la madre ese destello de la divinidad que en los padres se refleja, porque la viuda es parte del marido mientras conserva su viudez, es un algo del difunto que ha quedado sobre la tierra; ella conserva sus tradiciones, ella es la personificación de un ser que ya no es, pero del que aun se da fe en la tierra.

¿Quién, pues, mejor que la madre puede encargarse de la educación y dirección de sus hijos? Iniciada en los pensamientos que acerca de sus destinos tenía el padre, conociendo el pasado y con un interés sin igual en el porvenir del hijo, debe ser ella la que se encargue de su educación y la que prosiga la obra de aquel, la que continúe desarrollando las facultades del hijo para su perfeccionamiento, para la realización de su fin individual y social.

No aumentemos la desgracia de los hijos que pierden el cariño y desvelos de un padre arrancando de manos de la madre un poder que necesita para su mejoramiento, un poder que reclama imperiosamente la naturaleza. No hagamos girones la magistratura que Dios estableció en la persona de la madre.

Pero la mujer no tiene la capacidad é inteligencia suficientes; la patria potestad requiere dotes que la mujer que antes que razones llama imaginación, no puede poseer. Pero ¿se ha pensado lo que puede una mujer cuando se llama madre? ¿quién ha visto los límites del inmenso poder que imprime el amor, ese aroma del cielo venido á la tierra? ¿Tan inepta será la mujer que se la niegue la patria potestad solo por no tener la suficiente capacidad? Entonces negadles el poder de dirigirse á sí mismas; retroceded á la tutela perpetua de las mujeres; si os atreveis, volved á los toscos principios de Roma, á la despótica familia del pueblo rey. ¿Ignorais acaso que el fuego de la caridad y del amor aumenta las fuerzas, que de la misma debilidad resulta el ánimo mas esforzado? ¿No acrecentarán el amor y el interés la aptitud de la madre para el manejo de los negocios que constituyen el poder patrio? Entonces, ¿por qué la concedéis la tutela sobre sus hijos? Los que dicen que la mujer no es suficientemente apta, no han pensado sin duda qué educación es de ordinario mejor, la que imprime el viudo, ó la que está á cargo de la viuda.

No, no; la mujer que puede llamarse Berenguela, María de Molina ó Isabel, y ceñir honrosísima corona para mas honrarla, bien puede ejercer la patria potestad. Que en la patria de la hidalguía hasta parece que Dios haya premiado la no admisión de la ley sálica dotándonos de tan esclarecidas reinas. No, no es la incapacidad intelectual la que se opone, es solo un empirismo, un resto de legislaciones bárbaras.

Sí, M. I. S.; si la mujer posee los mas tiernos instintos, si la virtud es su patrimonio, y la religiosidad el alimento de su corazón; si la mujer tiene la capacidad de dirigir al hijo, y si no puede abusar de sus derechos porque tienen por cortapisa un amor ilimitado, ¿por qué no estampar en la ley lo que la naturaleza reclama, lo que piden las costumbres? La mujer no ha nacido solo para embellecer el mundo, tambien ha de contribuir á su perfeccionamiento; debe emplearse en el bien el gran influjo de la mujer, y ¿se ha pensado lo que se hace privando á las madres de un derecho

que sin el cariño seria pesadísima carga, pero que por él se convierte en dulcísimo lazo que proporciona el grato placer de nuevos sacrificios, de mayores desvelos?

Negar á la madre la patria potestad es desprestigiarla á los ojos del hijo; y si quereis que se acate el principio de autoridad; si quereis que desde la niñez se acostumbre el hombre á respetarle, basadle en el mas sublime y puro de los amores, no relajéis los vínculos naturales, no destruyais en la familia, base y fundamento de las sociedades, un poder tan robusto, como que reside en débil hermosura.

Al pedir para la mujer la patria potestad, no nos impulsa únicamente deferente galantería, la sola caballerosidad no puede ser norma del derecho, por mas que se trate del derecho de la mas galante de las naciones. No; si la patria potestad en la viuda presenta condiciones exteriores de moralidad; si con ella adquiere el hijo mayor protección y mas esmerado cuidado; si con ella tiene la madre la justa recompensa de sus inmensos desvelos, ¿se dudará un momento de que es en el legislador imperioso deber, escribirla en el número de nuestras leyes?

Si el privar á la mujer de la patria potestad no ha producido mas funestas consecuencias, consiste en que la mujer siente mas que calcula, sigue los impulsos del corazón y desprecia las voces del interés; por eso no hay sacrificio á que no se preste gustosa como se dirige á la felicidad del hijo. ¡Son poca cosa el hombre y sus leyes para destruir lo que es obra de Dios!

No es, pues, extraño que los modernos jurisconsultos opinen porque se establezca igual poder, protección y derechos iguales donde la naturaleza ha impreso las mismas afecciones y las mismas molestias. Y no creais que con ello se compensan las fatigas y cuidados de la madre; es pequeña la tierra para producir las flores que su corona reclama. Hoy, en el terreno de la ciencia, quiere volverse á la mujer un derecho imprescriptible en que solo por la dureza de otros tiempos no se ve en posesión. Por eso el proyecto de código civil confiere á la viuda la patria potestad sobre sus hijos, por eso la conferirá el código que se publique.

Tiempo es ya de que se concedan á ese sexo, siempre bello, pero deslumbrador cuando adquiere la maternidad sus indisputables derechos; tiempo es ya de que se concedan sus legítimos derechos á esos bellísimos eslabones que con el lazo del mas puro amor encadenan las generaciones; tiempo es ya de que se otorgue á los hijos la protección que la naturaleza reclama; tiempo es ya de que se deje ser madre á la que dió la existencia á esos seres de su corazón; tiempo es ya de que la legislación borre el retroceso de las Partidas y restablezca las disposiciones de nuestro derecho antiguo mas conformes con los sanos principios de la familia cristiana. En el cuadro de los progresos sociales ha sonado ya la hora de que se conceda á la viuda la patria potestad sobre sus hijos; esta es la aspiración de la ciencia; á esto tienden nuestros corazones. He dicho.

LAS DOS HERMANAS.

CUENTO INFANTIL.

A MI MADRE.

Madre mia, tú que recibiste mi primer beso y enjugaste mi primera lágrima, justo es tambien que recibas mi primer suspiro, la primera producción que ha salido de mi débil pluma.

Espero me dispensarás, teniendo en consideración mi pocos años y mi inesperienza, y no verás en esto mas que el cariño y buen deseo de tu amante hija.

Eran las cuatro de una calurosa tarde del mes de julio: en una casa de buena aparien-

cia del pueblo de C.... vivia una señora, viuda de un comandante, que al morir la habia dejado con dos encantadoras niñas. Doña Carmen, que así se llamaba la viuda, determinó establecerse en C...., de donde era, y educar allí á sus queridas hijas.

Doña Carmen contaba á lo mas veinte y ocho años, y sus hijas que se llamaban María y Luisa, diez.

Estas dos niñas eran mellizas y se tenían un cariño estremado.

Hallábase, en la tarde á que me refiero en su habitación, sentada cerca de una mesa con algunos libros dando lección á María y á Luisa.

Nada mas hermoso y poético que el cuadro que formaba esta jóven madre; las niñas estaban apoyando sus manitas blancas y suaves en las rodillas de su madre que las miraba con ternura.

Terminaron la lección, las niñas dejaron sus libros sobre la mesa, y doña Carmen acercó su silla al balcón, encargando á María le trajese su labor: ésta lo hizo al momento y se sentó á los pies de su madre.

Luisa se puso á jugar con una muñeca; esta niña era muy hermosa, blanca como la nieve, sus ojos de un azul muy claro, eran vivos y penetrantes, tenía el pelo rubio y la boca rosada y pequeña.

María era blanca como su hermana, sus ojos garzos eran dulces y expresivos, y su pelo castaño oscuro, era fino y sedoso.

Después que Luisa dió mil vueltas á su muñeca, dijo:

—¿He sabido mi lección, mamá?

—Sí, hija mia, todos los dias debieras saberla del mismo modo.

—Yo, mamá, tambien la he sabido, ¿verdad? interrogó María con una sonrisa.

—Tambien, cariño mio.

Doña Carmen dirigió una tierna mirada á sus hijas, inclinó la cabeza y siguió trabajando.

Luisa hizo con la mano un signo imperceptible á su hermana, que se acercó en el momento, pues Luisa era tan imperiosa, que á su menor indicación, María la obedecía como una corderita. Luisa se inclinó al oído de su hermana, diciéndola:

—María, dí á mamá que nos deje salir un ratito á paseo.

—No me atrevo, Luisa, pero ya que hemos sabido la lección....

—Es claro, dijo Luisa, vé.

—Mamá, dijo María rodeando el cuello de su madre con sus pequeños brazos, ¿nos deja usted salir un ratito á paseo con Juana?

—Sí, hijas mías, ya que hace buena tarde y habeis sabido vuestra lección, podeis dar un paseito, dijo doña Carmen levantándose y dejando su labor sobre la mesa.

Luisa llamó á Juana, y María corrió á buscar los sombreros; ésta se puso el suyo y Luisa hizo lo mismo.

Las niñas no se movian: doña Carmen sonrió, y sacando del bolsillo ocho cuartos, dió la mitad á cada una.

María y Luisa sonrieron á su vez.

—¿Para un bizcocho, Mamá? dijo Luisa batiendo las palmas.

—Para lo que gustéis, dijo confundiéndolas en un abrazo.

Las niñas bajaron á la calle donde ya las esperaba Juana.

Doña Carmen salió al balcón para verlas ir, y estuvo enviándolas besos y agitando el pañuelo hasta que se perdieron por un recodo de la calle: entonces llevó el pañuelo á los ojos, de los que brotaba una lágrima de felicidad y ternura, murmurando por lo bajo:

—¡Cuán dichosa soy, Dios mio!

María y Luisa iban saltando y triscando como corderitos. Esta última cogiendo flores y corriendo detrás de Juana que, á pesar de sus cuarenta años, se prestaba á todos sus juegos y caprichos: jugueteando así entraron en una alameda en la cual le pareció á María oír unos tristes sollozos. En efecto, adelantóse un poco y vió á un hombre de alguna edad con dos ni-

ños que lloraban amargamente. Juana y Luisa llegaron hasta donde estaba María, y ésta señalando con su dedito al hombre y á los niños, preguntó con tristeza:

—¿Por qué lloran, Juana?

—No sé, vamos á verlo.

—Sí, sí, dijo María, en tanto que Luisa hacia un gesto de descontento al ver paralizados sus juegos.

—¿Por qué llora usted, buen hombre? dijo Juana acercándose.

El hombre levantó la cabeza y dijo:

—Soy muy desgraciado; hace ocho meses que mi mujer está enferma, y he tenido que cuidarla, pues mis hijos, que son estos niños, son muy pequeños y no podían hacer nada; en este tiempo no he ganado ni un solo maravedí: hemos vendido todo lo que teníamos, y ayer el médico se resistió á ir á verla porque

no le he pagado, y desde su casa recetó lo que dice en este papel.

Y lo presentó á María, la cual pasó por él la vista. El hombre continuó:

—Aun me quedaban doce cuartos, los tomé y me vine; pero ¡ay Dios mio! vale diez reales la medicina y no tengo mas.

Diciendo esto sollozaba con desesperacion. María lloraba tambien y miraba con tristeza los cuatro cuartos que le habia dado su madre; de pronto secó sus lágrimas y dijo á Juana:

—¿Tiene usted dinero? porque lo que tengo yo es tan poco...

—No, hija mia, no tengo nada.

—Luisa, dijo María á su hermana, dame tus cuartos para este pobrecito.

—No quiero.

—¿Por qué?

—Me quiero comprar un bizcocho.

—¿Me los das?

—No, no.

—Juana, espéreme usted aquí; ya vuelvo.

—¿A dónde vas?

—Voy á traer los cuatro duros que me regaló el tío para un vestido.

—¿Pero, hija mia, y si te ve mamá?

—Iré por la puerta de detrás.

Y echó á correr para ocultar su rubor.

Juana y Luisa se quedaron esperándola allí: el labrador estaba mas consolado.

No tardó en volver María, llevando envueltos en su pañuelo cuatro duros que entregó al pobre sin titubear. Este lloraba de alegría y hubiera estado acariciándola toda la tarde; pero Juana advirtió que iba anocheciendo y era preciso volver á casa.

María se despidió de su protegido, encar-

TRAJES ANTIGUOS.



Soldado español en tiempo de la dominacion romana.



Príncipe godo.

gándole que fuese todos los dias á darle noticias de la enferma.

Juana contó aquella noche á su señora la buena accion de su hija.

La virtuosa madre lloró de alegría y rogó á Dios hiciese á Luisa de tan buen corazon como á María, que durmió aquella noche con la tranquilidad de un alma de ángel.

Han trascurido dos meses, y durante este tiempo la esposa del pobre Pascual á quien María dió la limosna, se ha restablecido completamente, gracias á la caridad de aquella hermosa niña.

Llegó el cumpleaños de las dos hermanas. Doña Carmen se levantó temprano para disponer algunas cosas, y en seguida se dirigió á la habitacion de sus hijas.

—Buenos dias, hijas mias, dijo besándolas en la frente. Levataos que ya es tarde y van á venir vuestras amiguitas Teresa y Sofia, pues las he convidado á comer.

—Me alegro mucho, dijo Luisa.

—Y yo tambien, añadió María.

Doña Carmen puso á Luisa un elegante traje de seda verde y á María uno muy sencillito de linó blanco.

Luisa contemplaba con una sonrisa de sa-

tisfaccion el modesto traje de su hermana y decia:

—Me alegro de que haya dado sus ahorros á Pascual, porque así mi traje es mucho mejor que el suyo.

Doña Carmen concluyó de vestirlas, ajustando á la delicada muñeca de Luisa una linda pulsera de coral y oro, y salió.

No tardó en volver y dirigiéndose á María, la dijo:

—He sabido, hija mia, tu buena accion y he querido recompensarte en este dia.

Y adornó el cuello de su hija con una cadennita de la cual pendia un medallon.

María lo tomó y dijo con emocion:

—¡Mi padre! Gracias, madre mia. Este es el regalo que mas agradezco y prometo á usted conservarle mientras viva.

Luisa se acercó á mirar la miniatura y dijo con las lágrimas, prontas á brotar de sus ojos:

—¿No tengo yo otro, mamá?

—Cuando lo merezcas, hija mia; es preciso hacer algo para poseer ese retrato, dijo la madre abrazándola.

María iba á ofrecer el medallon á su hermana, pero en aquel momento se abrió la puerta y entraron Teresita y Sofia. Como en las niñas

todo pasa repentinamente, Luisa enjugó sus lágrimas y ya no pensó mas que en divertirse con sus amigas.

Las niñas bajaron á un pequeño jardin que llamaban el huertecito.

—¿A qué jugamos? dijo Luisa.

—A la gallina ciega, contestó Sofia, sacando su pañuelo.

—Justo, y me despeinaré toda.

—No, á eso no.

—Dílo tú, María.

—Pues mira, vamos á pescar, replicó Teresita, que era muy propensa á inventar diabluras.

—¿Y cómo? dijo María.

—Mira nosotras tiramos un pañuelo al agua, y ponemos una miga de pan encima. Los peces vendrán á buscar el cebo y nosotras tiraremos del pañuelo.

—Calla, pues, es verdad, dijo Luisa.

—María, corre, trae una miga de pan.

María volvió con el pan y salieron sin ser vistas.

Doña Carmen habia prohibido muy severamente á sus hijas ir á la orilla del mar que distaba unos trescientos pasos de allí.

Las niñas llegaron á la playa y se detuvieron

asustadas al oír á unos hombres que gritaban desde una casita cercana:

—Niñas, huid de ese perro.

—¡Cuidado, está rabioso!

En efecto, las niñas vieron venir un enorme perro que se dirigía hacia ellas.

María se detuvo pálida de terror.

Las demás habían echado á correr de aquí para allá.

María lanzó un grito de angustia al ver que el animal se dirigía hacia ella.

En Luisa pudo mas el amor que profesaba á María que el deseo de salvarse, y al oír el grito de su hermana se dirigió á ella diciéndola:

—No te morderá, María, me morderá á mí.

María no oyó las últimas palabras de su hermana. Había caído desvanecida en la arena.

Luisa se colocó delante de ella, diciendo:

—¡Ay! Dios mío, que me muerda á mí y no toque á mi hermana, y estendió su vestido para ocultarla.

¡Qué hermoso rasgo de ternura fraterna! ¡Pobres niñas, no había remedio para ellas!

El perro iba á morderlas y se dirigió con la boca abierta hacia Luisa.

En aquel momento se oyó un estampido. Luisa lanzó un grito de inmensa alegría, viendo al perro muerto á sus pies.

Al grito de Luisa, María volvió en sí.

Luisa la tendió la mano para que se levantara y las dos hermanas vieron venir á Pascual que se dirigía rápidamente hacia ellas con la escopeta al hombro.

Las niñas le salieron al encuentro.

—Gracias, Pascual, dijo Luisa conmovida. Si Dios no hubiese mandado á usted en nuestro auxilio, el perro nos hubiera mordido.

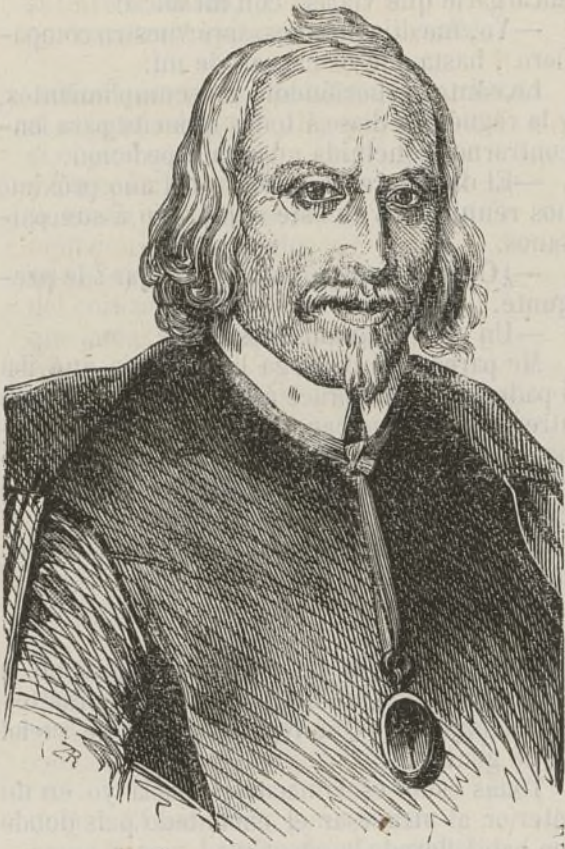
María le dió las gracias con un abrazo.

—Vamos, no hay que darme gracias, contestó Pascual limpiando las lágrimas que las caricias de las niñas habían hecho brotar de sus ojos. Yo soy el que debo darlas á la señorita María. Tomen esta cestita de fruta que mi mujer me ha dado para ustedes, y ahora vamos á casa, que su mamá estará inquieta.

Y las cogió de la mano encaminándose hacia la de doña Carmen.

Teresa y Sofía, mas traviesas y mas ligeras, se habían ya puesto en salvo, llegando de una carrera á la casa de sus amiguitas. Doña Carmen alarmada no viendo á sus hijos, iba á salir con Juana en su busca.

En aquel momento entraron con Pascual.



Calderon de la Barca.

La buena madre se dirigió á ellas y las abrazó repetidas veces.

Pascual le contó lo que había sucedido.

—Gracias, dijo doña Carmen sollozando. Le estaré á usted agradecida mientras viva. Hijas mías, continuó dirigiéndose á María y á Luisa que también lloraban; de hoy en adelante teneis dos hermanos mas.

—¿Cómo, mamá? dijeron á un tiempo las niñas.

—Sí, hijas mías, los hijos de Pascual serán vuestros hermanos. Quiero hacer todo el bien posible por los hijos del que me ha devuelto los míos.

Doña Carmen tendió la mano al honrado labrador.

—Sí, mamá, dijeron María y Luisa.

—Pascual era muy sencillo, y no teniendo palabras para expresarse, besó la mano que doña Carmen le tendía y dijo:

—¡Qué buena es usted señora! Dios y su Santa Madre se lo paguen á usted. ¡Qué contenta se pondrá mi mujer cuando lo sepa! Voy, voy á decírselo corriendo.

Y echó á correr por la escalera.

Doña Carmen y sus hijas quedaron solas.

—Luisa, dijo María á su hermana. Llevaremos el medallón un día cada una.

—Tú lo mereces lo mismo que yo.

—De ningún modo, hermana mía.

Doña Carmen intentó bosquejar una sonrisa, pero las lágrimas se agolparon á sus ojos, y abriendo el cajón de una consola, sacó un medallón igual al de María y lo puso en el pecho de Luisa.

—Venid, ángeles míos, dijo abrazándolas; las dos sois dignas de llevar ese retrato. ¡Cuán feliz me haceis! ¡Cuán feliz haceis también á vuestro padre que os mira desde el cielo! Oremos, hijas mías, por su alma, y rogad á Dios también que os conserve siempre puras y virtuosas.

Doña Carmen se arrodilló.

Las niñas la imitaron.

Dios debió bendecir aquella plegaria.

Porque Dios solo quiere almas sencillas y buenas como eran las de aquellas inocentes criaturas y su virtuosa madre.

María y Luisa fueron el sosten de todos los infelices y unas buenas hermanas para los hijos de Pascual, que ya muy viejo decía que Doña Carmen y sus hijas eran tres ángeles que habían bajado de lo mas alto del cielo.

PAULINA IBARRA Y BLASCO.

VIAJE DE AMDEIXDEF

Á LAS REGIONES SUBMARINAS.

(CONTINUACION.)

No sé cuánto tiempo pasaríamos en esta actitud, pero lo cierto es que empecé á sentir una especie de cansancio tan fuerte, que me decidí á dirigir la palabra á nuestro reciente compañero.

—Callad un momento, si es que podeis, le dije con mal gesto.

—¿Qué teneis? me preguntó con claridad en nuestra lengua.



PANORAMA UNIVERSAL.—Cristiania (Noruega.)

—¿Qué he de tener? le respondí asombrado; deseos de saber dónde me hallo.

—Os hallais en la Waterlandia, caballero; pero ¿de dónde sois vos que me lo preguntais?

—Soy inglés.

—¡Inglés! ¿Qué significa esa palabra?

—Hijo de un país que se llama Inglaterra.

—¿Dónde está ese país?

—Sobre el mar.

—¿Y estos otros caballeros son?...

—Ingleses tambien.

—¡Ah! señores, permitidme que me ria; quereis que yo os crea, cuando conozco que me estais engañando; sois de la Waterlandia y tal vez porque viajais de incógnito negais vuestra patria, ¿no es cierto?

—Somos ingleses, os lo juro...

—No jureis; eso se hace casi siempre que se desea dar á una mentira el carácter de verdad.

—No me creais, si asi os place; pero al menos explicadme las leyes de este país donde por ahora vamos á vivir.

—Con mucho gusto.

Hablando así el waterlandés, enroscó la cola, quedándose como sentado en el suelo; nosotros nos recostamos en las rocas que mas comodidad nos ofrecian, y esperamos su relato.

Despues de toser veinte veces, se espresó diciendo, que la Waterlandia era un país gobernado por un rey en quien residia el poder supremo del Estado, restringido, sin embargo, por una Cámara compuesta de los hombres *no metamorfoseados* y de las mujeres que hubiesen dado treinta hijos á la patria; los *no metamorfoseados* eran los que practicaban todas las virtudes, pues los waterlandeses nacen como nosotros, pero pierden las piernas, quedándose en su lugar la cola de pez, en cuanto se lanzan al desenfreno de los placeres. El rey es elegido por la Cámara, y esta eleccion respetada por el pueblo; la Cámara procura siempre que el rey sea tonto ó pusilánime para obiar con entera libertad.

No dejó de llamarnos la atencion lo que estábamos escuchando, y por mi parte confieso que le hubiese interrumpido muchas veces con diversas preguntas.

—¿Consta de muchos miembros la Cámara? le dije al fin.

—Actualmente de tres hombres y doscientas sesenta y cinco mujeres.

—¿Tiene la mayoría el sexo femenino!

—No lo extrañeis; nuestra Constitucion las favorece, al paso que posterga á los hombres; pero en la Waterlandia está todo basado en la galantería, lo sabeis mejor que yo.

Mi curiosidad llegó al colmo cuando oí las últimas palabras del waterlandés; un país en que las leyes y las costumbres tenían por principio fundamental la galantería, era por cierto digno de verse. Le manifesté el placer que tendria en viajar por la Waterlandia, á lo cual me contestó, que me acompañaria en mis escursiones y recomendaria á mis compañeros á dos amigos suyos para que viajásemos separados, pues no convenia que apareciesen juntos tres desconocidos *no metamorfoseados*, porque se podria sospechar una invasion extranjera en la Cámara suprema del Estado.

III.

Me despedí de mis amigos antes de emprender nuestro extraordinario viaje, y nos dimos cita para reunirnos en aquel mismo sitio el día que señalasen nuestros *ciceroni*. El waterlandés se habia alejado de nosotros en busca de sus dos amigos, volviendo á poco con ellos; eran de su misma figura y venian cantando tan desacordemente como los demás waterlandeses que hasta entonces habíamos oido.

Nuestro amigo interrumpió el canto diciendo:

—Tú, Bad, acompañarás á este caballero; él te dirá secretamente su nombre, pues viaja de incógnito; dále gusto en todo lo que desee.

Esta orden fue repetida en los mismos tér-

minos al otro waterlandés, llamado Ugly, para encargarle que viajase con mi oficial.

—Yo, me dijo despues, seré vuestro compañero, hasta que os canseis de mí.

Le contesté haciéndole mil cumplimientos, y le rogué nos diese á todos una cita para encontrarnos concluida nuestra expedicion.

—El día cuarenta y nueve del año próximo nos reuniremos en este sitio, dijo á sus paisanos.

—¿Cuánto tiempo vamos á viajar? le pregunté.

—Un año y algunos meses.

Me pareció muy larga la ausencia que iba á padecer, pero abracé á mis compañeros sin atreverme á replicar. Mientras nos estrechábamos amistosamente, el oficial, el otro marinero y yo, los waterlandeses empezaron á cantar tan mal como de costumbre.

Poco despues emprendimos la caminata cada uno por su lado.

IV.

¿Qué atmósfera tan rara se respira en la Waterlandia! ¿Qué luz tan pálida ilumina todos los objetos! ¿Qué vegetacion! ¿Qué suelo! ¿Qué gentes!

Todas estas exclamaciones hacia yo en mi interior al atravesar el encantado país donde me habia llevado la casualidad.

La tierra cubierta de treinta centímetros de agua caliente por casi todas partes, dejaba ver algunas que otras rocas enjutas en forma de pequeñas islas.

El calor que despedia el piso me ha hecho pensar despues que efectivamente el centro de la tierra, debe ser una masa ígneo-pastosa; pero en aquel tiempo, en que mi instruccion estaba tan atrasada que apenas sabia leer, creí de buena fe que aquellas gentes habrian construido estufas cuyos tubos fueran, como los del alumbrado de gas en Londres, por bajo de tierra, y ni siquiera quise preguntarlo á mi guia.

La luz de los rayos solares penetraba allí al través de la gran capa de agua que nos cubria pintando cuantos objetos tocaba, con los colores del arco iris. La luz difusa era débil, pero agradable; el cielo parecia una inmensa bóveda de cristal de roca suspendida en el espacio.

A cada paso se encontraban árboles gigantes, cuyos frutos eran completamente distintos de los que yo habia visto en Europa.

Llegamos á una ciudad; las calles eran tortuosas y formadas por grupos de rocas sin labrar que los waterlandeses colocan formando inmensas cuevas que habitan con sus familias.

Se respira un aire fresco y fatigoso al mismo tiempo.

Ví cruzar ante mí, infinidad de hombres y mujeres; todos iban cantando, y eran tan feos y tan ridículos como los primeros. Debo confesar, sin embargo, que ellas me parecieron mucho mejor que ellos, tal vez porque los fluidos de distinto nombre se atraen, y los del nombre igual se repelen; pero esto no es de mi cuento.

—¿Por qué van cantando todas estas gentes? Interrogué al waterlandés.

—En nuestro país, me contestó, hay una gran aficion á la música, tanto, que no es elegante una persona si no la manifiesta continuamente; este es el motivo de lo que me preguntais.

—Segun veo, esta nacion tiene muchos puntos de contacto con Europa; se habla inglés, como en mi patria, y es moda pasar por gran músico, como en todos los altos círculos de los Estados en que *hay civilizacion*.

—Hemos llegado al centro de Kalsely, ciudad de primer orden; decidme vuestro nombre para que lo inscriban, asi como el mio, en la lista de transeuntes.

—Amdeixdef.

Hablando de esta manera nos encaminamos hacia las oficinas del Estado.

Yo era objeto de un minucioso examen de parte de los que me encontraban; efectiva-

mente, mi traje era muy diferente del suyo; yo vestia pantalon, camisa, chaqueta, corbata y sombrero, y ellos iban completamente desnudos: es verdad tambien que mi ropa era digna de llamar la atencion, tanto en Waterlandia como en Inglaterra; un náufrago con sombrero y zapatos es siempre un objeto curioso; la precipitacion con que trepamos á la gavia no nos dió tiempo á quitarnos el calzado, y los sombreros, fuertemente sujetos con cintas por bajo de la barba, se conservaron en el mismo estado hasta llegar á Waterlandia.

Entramos en las oficinas por una especie de arco ojival; los salones interiores estaban formados de grupos de estalactitas y estalagmitas que aparecian como magníficas columnatas; el piso era blanco y desigual; las paredes rojizas y el techo azul; la luz penetraba por algunas claraboyas elípticas abiertas de trecho en trecho, y adornadas con hojas y flores. Los empleados estaban sentados sobre piedras guardadas de mariscos delante de unas tablas donde escribian con un punzon de hierro.

—¿Cómo os llamais? nos preguntó uno de ellos.

—Amdeixdef y Zeugthy, contestó mi compañero.

—¿De dónde venís?

—Del campo.

—¿A dónde vais?

—A Waterdam.

Acabado este interrogatorio, hicimos una cortesía al empleado y salimos.

—¿Quereis comer? me dijo Zeugthy.

—Quiero.

—Pues vamos á la fonda.

V.

Despues de comer, desconocidos pero sabrosos manjares, con gran apetito, entablé una larga conversacion con el waterlandés. Poco á poco fui observando que ciertos líquidos que habia bebido le habian trastornado el habla y la razon, y que el sueño iba embargando sus sentidos. Mas tarde se quedó profundamente dormido.

Sonreíme alegremente, pues me creí transportado á mi patria, al contemplar aquella escena de sobremesa.

Me levanté de mi asiento y observé la sala en que me hallaba; era espaciosa y estaba alumbrada por cuatro lámparas suspendidas del techo; las paredes tenían profusion de mosaicos y de espejos nacarados; me miré en uno de ellos y ¡oh sorpresa! me vi completamente transformado; mi cara no era la misma á pesar de ser muy parecida; lo que allí veia era mi caricatura. Estuve á punto de llorar cuando comprendí que me habia hecho tan feo como los waterlandeses, pero me consolé al mirar el horrible rostro de Zeugthy.

Los criados que nos habian servido á la mesa habian desaparecido hacia ya largo rato, cuando escuché el ruido que hacia una cosa al arrastrarse hacia el sitio donde me hallaba. El rumor siguió aproximándose hasta que apareció una mujer. Siempre he sido aficionado á ellas, y al ver que esta era hermosa en comparacion de todas sus paisanas, decidí hacerme amigo suyo.

La saludé cortesmente, y contestó á mi saludo con una sonrisa hechicera; llevaba en las manos un abanico de una hechura original, y le movia con suma viveza, tapándose la boca con mucho coquetismo cuando se sonreía.

Empecé á hablar con la ninfa, y la dije sin preámbulos que la adoraba; ella, sin extrañar mi precipitacion, me impuso silencio y me dijo bajando la voz, que si habia de seguir así que saliésemos al campo, porque era ridículo que Zeugthy nos oyera; la hice observar que estaba dormido, pero á pesar de todo me tomó por la mano y me condujo fuera de la habitacion. Me encontré solo con ella en despoblado, y acercando mis labios á su blanca mano, la besé con cierto entusiasmo.

En este momento se oyó un sonido semejante al de una campana china; al escucharlo,

mi amada dió un grito y me dijo precipitadamente:

—Venid á verme á la corte; me llamo Pretty.

—Iré, la respondí.

Volví á besar su mano, y se alejó de mí cantando esta trova en admirable entonación:

«El amor en mi pecho ya ha encendido
su dulce luz,
solo á su resplandor, mi bien querido,
vivirás tú.
La noche avanza,
huye la luz,
solo brilla la luz de mi esperanza.
y esa eres tú.»

El eco de su voz se apagó por completo, y yo me dirigí al sitio donde mi compañero había quedado.

(Se continuará.)

¡ORAR POR LOS MUERTOS!

(Murieron y no son.)
LISTA.

¡Oremos al Señor! santificada
sea la luz de la Eterna clemencia,
que las nieblas disuelve:
¡oremos al Señor! su omnipotencia
nos hizo de la nada,
y otra vez á la nada nos devuelve.

¡Nave por la corriente combatida,
en cuyo tope el huracán rugiente
la lona agita con furor creciente,
es del hombre la vida!

Del iracundo mar en el desierto,
lucha, con rumbo incierto
y con incierta suerte,
hasta llegar al suspirado puerto:
¡al puerto de la vida, que es la muerte!

Sin descanso, sufriendo,
cual átomo impalpable,
contra la fuerza del boreal luchando,
llegamos al sepulcro deleznable:
¡pero cómo ni cuándo,
misterio es para el hombre impenetrable!

Que en la alameda umbría
artesonada de altos cocoteros;
y en la colina do aparece el día;
y en los campos, veneros
de la feraz natura;
y donde quiera su mirada lance;
el hombre halla á su alcance,
un lecho de quietud, ¡la sepultura!

De la escala social cesa el espacio
que media entre los seres,
ante la ley de la feroz guadaña;
ya esconden sus placeres
bajo el dosel de espléndido palacio
ó en el hogar de mísera cabaña.

La belleza, la gracia, la hermosura,
los títulos, los timbres, los honores;
cuanto brilla en la humana criatura;
cuanto alienta el poder de su mirada;
sus placeres, sus dichas, sus amores...
se pierden en la noche de la nada.

¡Verdad horrible! en el jardín ameno,
del ceno procreador nacen las flores,
y mustias, sin color, tornan al ceno.

El triunfante adalid que en cruda guerra
paladín del honor en fama crece;
bajo la losa sepulcral se encierra:
¡todo lo que á la tierra pertenece,
por decreto inmortal, vuelve á la tierra!

¡Oremos al Señor! que ya en el viento,
como el quejido del postrer aliento,
se reproduce el eco conmovido
de la ronca campana;

¡quién sabe si mañana,
si tétrico sonido,
por nosotros repita el bronce herido!

Hasta entonces, orad, los que perdisteis
al ser que ser os dió; los que llorásteis
al objeto querido,
y sin cesar sufristeis
pues sin cesar amásteis;
orad con voz ferviente;
que es la oración, perfume
del corazón creyente,
que jamás se evapora ni consume!

Orad por los que os dieron
en no lejano día,
la savia de la ciencia que aprendieron;
su amistad, su cariño ó su alegría;
¡orad por los que fueron,
y de la escala del poder humano
raudos desaparecieron,
como el eco fugaz de un son lejano!

¡Oremos al Señor! mientras ceñimos
las blancas inmortales vestiduras,
y al recuerdo tenaz de lo que fuimos
cantamos su poder en las alturas:

Que Él nos creó, y crecimos
como la palma en los floridos huertos
por las brisas balsámicas mecida:
¡oremos al Señor! fuente de vida!
¡oremos por los muertos!

¡Dios, el Eterno Dios, nuestra plegaria
escuchará clemente;
que Él que formó la varia
humanidad á semejanza suya;
aunque en el vicio vil se prostituya
la prole delincuente;
el ruego escucha y el perdón consiente!

Juez y Padre de todos,
nivelador severo,
parte su gracia de parejos modos;
y en la postrera hora,
su enojo es el postrero
para el que humilde su perdón implora.

¡La soledad, de muerte es atributo:
de muerte visten nuestras almas luto;
los campos del placer están desiertos:
¡Oremos! ¡la oración es el tributo
que rendimos los vivos á los muertos!

AURELIANO RUIZ.

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Este célebre poeta dramático español, que descuella entre los primeros ingenios de las edades modernas, es una de nuestras mejores glorias literarias. La Alemania del siglo XIX se ha entusiasmado con la poesía católica de los españoles, por Calderon sobre todo. Schelegel lo ha comentado; los libreros de Leipsick y de Viena han buscado sus obras, y el retrato de nuestro poeta ha figurado al frente de sus magníficas ediciones.

Nació don Pedro Calderon de la Barca en Madrid el año 1600, y á los trece años ya compuso su primera comedia *El carro del cielo*, que se representó con grande éxito. Concluidos sus estudios abrazó la carrera de las armas y siguió á nuestros ejércitos en Flandes é Italia, peleando valerosamente. Pero si adquirió celebridad como soldado, mas justa fama alcanzó como poeta. En medio de la agitación de los campeonatos siguió componiendo comedias, cuyos elogios llegaron hasta oídos del rey Felipe IV, que le llamó á la corte, agraciándole con el hábito de Santiago. Cuando la revolución de Cataluña, en vano el rey trató de retenerle á su lado y le encargó una comedia para unas fiestas que debían celebrarse en el estanque del Buen Retiro: el virtuoso soldado terminó en ocho días el trabajo y corrió

á alistarse al lado de los compañeros de su orden. Su *Certámen de amor y celos* tuvo un feliz éxito en el teatro que se dispuso sobre unos barcos.

A los cincuenta y un años abrazó el estado eclesiástico y fue nombrado capellán de S. M. con una pensión en Sicilia, debiéndose á su inspiración religiosa los célebres *Autos sacramentales*. Entonces fue cuando el incansable poeta se dedicó de lleno al teatro, y su fértil imaginación era tan vigorosa, que poco antes de su muerte, acaecida en 1687, escribió su obra póstuma *Hado y divisa*.

Si hubiéramos de hacer un minucioso examen de las obras de Calderon, tomaría demasiadas proporciones esta biografía, que no pensamos hacer estensa; examinémoslas ligeramente.

Dividense los críticos en dos grandes secciones al hablar de nuestro insigne poeta; y mientras Schelegel con los filósofos alemanes hace de él un elocuente apólogo; Sismondi, ó sea la filosofía francesa del siglo pasado, no ve en Calderon mas que un ampuloso estilo, con mucha exageración y amaneramiento en los conceptos. Dice el filósofo francés, que destruye las grandes situaciones con una poesía exagerada y ridícula, que desconoce las costumbres, y que es, en fin, digno representante de la vergonzosa época de Felipe IV y Carlos II.

Nosotros á fuer de imparciales, no podemos menos de conceder alguna razón á este crítico; pero si nos remontamos á la época en que escribió Calderon, reconoceremos al hombre de una era y fase social. El es, en efecto, la mas genuina expresión del sentimiento nacional con todos sus vicios y todas sus virtudes: en política, en religion, en moral y en literatura personifica verdaderamente su época.

Sus *Autos sacramentales*, esa especie de drama peculiarmente español, eran las obras que miraban con predilección. Los *Autos sacramentales* estaban destinados á celebrar la fiesta de Corpus, principalmente en Madrid, y esta función costeada por el ayuntamiento, tenía lugar en la plaza sobre un teatro improvisado con carros y tablonés. El sentimiento religioso, los misterios que representaban, el concurso inmenso del pueblo, y la presencia del rey, de la corte y de los grandes funcionarios, daban á esta clase de espectáculos mas grandeza é interés que realmente inspiraban las comedias profanas ejecutadas en inmundos corrales.

Casi todos los escritores se dedicaron á este género; pero hemos de confesar que solo las obras de Calderon merecen ocupar un digno lugar en la historia de nuestra literatura.

Los defectos que se atribuyen á Calderon, y que realmente tiene, pasaban por bellezas en su tiempo, y por consiguiente no debemos culpar á su brillante imaginación de haberse dejado arrastrar por un sentimiento puramente nacional.

Dícese que llegan á mil y quinientas sus producciones, entre las que citaremos como notables: *El alcalde de Zalamea*; *La vida es sueño*; *Las armas de la hermosa*; *El médico de su honra*; *Casa con dos puertas*; *El secreto á voces*, etc.

En resumen, su fácil versificación y la notabilidad de sus producciones, han colocado á Calderon entre los primeros poetas del parnaso español.

M. S.

ECONOMÍA DOMESTICA.

CONSERVACION DEL QUESO.

El queso es una excelente comida en todo tiempo, y puede conservarse con gran facilidad. El queso mantecoso se conserva perfectamente en sitios templados y de poca luz, para que las moscas y otros insectos no se apoderen de él. El queso añejo debe colocarse en un paraje bien ventilado y en donde la tempera-



VIAJE DE AMDEIXDEF.—Y acercando mis labios...



No podía resistir tanto tiempo sin respirar.

tura sea moderada. Los gusanos que suelen desarrollarse en el queso proceden de los huevos que depositan las moscas y diferentes insectos en la superficie de aquel. Para evitar el desarrollo de dichos gusanos, se espolvorea el queso con polvo de carbon vegetal, y es un excelente preservativo, y si el queso es añejo, y por consiguiente tiene la corteza muy dura, conviene bañarle con vino blanco, lo que impide en cierto modo la desecacion que produce el polvo del carbon, y le da un gusto esquisito. Cuando un queso comienza á descomponerse, debe hacersele un agujero en el centro y llenársele de yeso bien pulverizado y seco. Este yeso absorbe la humedad, que es la causa de la fermentacion, y se detiene la descomposicion.

CONSERVACION DEL TOCINO.

El tocino debe ponerse en sal por espacio de doce ó quince días, y en seguida se coloca en una caja proporcionada á la cantidad que se haya de conservar: en el fondo de la caja se pone una capa de heno, del que se rellena la caja por todos lados; despues se tapa y se coloca en un paraje seco y bien ventilado, y de este modo se conserva largo tiempo.

Tambien se conserva perfectamente en tinajas vidriadas, cubierto de agua sal; de este modo no pierde nada de su sabor.

CERVEZA DOMÉSTICA.

Se echan en una vasija 25 litros de grano de cebada, y se tiene por espacio de tres horas en agua casi hirviendo; se trasiega el líquido y se pone el grano en nueva agua, y cuando está aclarada se añaden 250 gramos de líquido á los dos cocimientos reunidos, haciéndolos cocer hasta que queden reducidos á 40 litros; se deja enfriar hasta la temperatura de 18 grados, se pasa por un tamiz de cerda, se coloca el líquido en barriles, echándole cuatro ó cinco cucharadas de levadura, y

despues de haber cesado la fermentacion se embotella. Es una bebida económica, sabrosa y refrigerante.

TINTA AZUL EN PASTILLAS.

Si se quiere tener una tinta azul como la que se prepara en China, se deslien 4 gramos de indigo fino en 30 de ácido sulfúrico, se añaden 4 gramos de alumbre, tambien disuelto en una suficiente cantidad de agua, y despues se precipita todo por medio del subcarbonato de potasa; estando seco el precipitado, se hace una pasta con cola de pescado, y se reduce á pedazos de la forma que se quiera.

SUELTOS VARIOS.

Haciendo mencion en una tertulia de los ecos célebres, varias personas aseguraron sucesiva y progresivamente haber tenido el gusto de oír repetidas por el eco, en este ó en aquel sitio, cuatro, cinco, seis y aun siete palabras.

—Señores, exclamó un andaluz, todos esos ecos que ustedes dicen son unos pobrecitos. Estando yo en cierto paraje tuve la ocurrencia de gritar:—¿Cómo está usted? Acto continuo, el eco me respondió: muy bien, gracias.

Hé aquí las fechas en que subieron al trono los soberanos que hoy reinan en Europa y en América. El mas anciano de los reyes es el de Wurtemberg, que tiene 88 años, y subió al trono en 1816. Dos soberanos reinan desde 1831, y son: el rey de los belgas, que tiene 74 años, y el emperador del Brasil, que solo cuenta 39; doña Isabel II ascendió al trono en 1833, á la edad de 3 años, y la reina Victoria, en 1837, á la de 18; el papa Pio IX, que ha cumplido 72 años, fue elegido pontí-

fice en 1846; once soberanos datan de la agitada época de 1848 á 1861; el emperador de Austria, de 1848; Víctor Manuel y el rey de los Países Bajos, de 1849; el rey de Hannover, de 1851; el emperador Napoleon, de 1852; el emperador Alejandro II de Rusia, de 1855; el rey de Suecia, de 1859; el rey de Prusia, el de Portugal y el sultan, de 1861.

Cuatro soberanos datan de fecha reciente: el rey de los helenos, que subió al trono el 6 de junio de 1863; el rey Christian, su padre, del 16 de noviembre del mismo año; Luis II de Baviera, de 10 de marzo de 1864, y el emperador de Méjico de 10 de abril último.

Acerca de algunos cargos que en Inglaterra desempeñan mujeres, consigna el censo datos interesantes. Entre el número de las mujeres inglesas existen 10 banqueros y prestamistas de numerario; 274 comisionistas mercantiles; 25 viajeras de comercio; 54 corredoras para préstamos y ajustes; 38 pertenecientes al gran comercio; 29 veterinarias; 419 impresoras; pastoras de ganado lanar, tan solo 3; 49,963 dedicadas preferentemente á la labranza; 13 damas médicas; 2 cirujanas; 17 dentistas; 6 ete-neógrafas; 3 secretarias de ayuntamiento; 4 maestras de elocuencia; 4 hechiceras; 1 astrónoma y 8 naturalistas. A veces se oyen títulos de filósofos, cronologistas, lexicografistas y aun oradoras públicas.

En Pamplona se ha ensayado con el mejor éxito un aparato para aprovechar el gas del alumbrado como combustible en las cocinas. Las pruebas hicieron conocer que se podía calentar el agua y hacer té ó café en cuatro minutos y poco mas para cocer varios manjares.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.

Editor responsable: Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdidas de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Gerónimo; Uochab, calle de Jacometrezo 65; y en la publicidad, pasaje de Matheu. En Provincias, Etranjero y Américas, en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.